

Fabián Ramos, mi abuelo de San Vitero

Rodovaldo Benito Martín Ramos

América fue refugio y amparo de los desamparados de España.

Rafael Alberti.

A la memoria de...

Mi abuelo Fabián Ramos Carballés, que emigró de San Vitero, Zamora a la edad de 13 años.

Mi abuelo Pepe (José Martín Fenández) emigrante de Canillas de Albaida, Málaga.

Mis bisabuelos Segundo Ondarzas (catalán) y Manuel Iglesias (gallego). Jacinta Fenández, zamorana de El Poyo, abuela de mi amiga Beatriz.

A todos los españoles que por una razón u otra tuvieron que emigrar alejándose de sus seres queridos.

Si en mi país, Cuba, hiciéramos una encuesta para preguntarles por San Vitero, quizá muchos lo asocien con un santo, pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es de que la gran mayoría desconoce que es un pequeño pueblo en las estribaciones de la Sierra de la Culebra en la comarca de Aliste, en la provincia española de Zamora.

Sin embargo, para mi familia ese nombre nos ha sido familiar siempre, pues de San Vitero emigró mi abuelo materno cuando apenas tenía 13 años en 1922.

Nos contaba abuelo que su familia lo envió a Cuba para que estuviera lejos cuando llegara el momento de partir al Servicio Militar, a mi modo de ver las cosas yo estoy convencido que la propia situación económica existente en España impulsó a sus padres a desprenderse de su único hijo varón por aquel entonces con la esperanza de que pudiera prosperar acá y les ayudase a palear [sic] la pobreza en que vivían.

Fue trasladado a Galicia, sitio por el que embarcó con destino a Cuba, recordaba a su madre llorando durante todo el viaje y que ella gritaba cuando subió a bordo de la embarcación dentro de un barril, quizá porque tenía muy poca edad o porque no tenían suficiente dinero para pagar el boleto pues nunca pudimos descifrar la realidad del hecho.

Cuando se soltaron los cabos sentía los inconfundibles gritos de su madre al separarse el barco del muelle y en cada conversación que le hacía recordar su partida de España le brotaban lágrimas de sus ojos.

Hicieron una travesía con muchas marejadas lo que provocaba náuseas y malestar, decía que cada día transcurrido le pareció un año.

A su llegada al puerto de La Habana fue llevado a un lugar que me hace pensar en los actuales centros de detención para emigrantes, donde vivían en carpas y dormía en el suelo. Como no tenía una recomendación para que una persona se hiciera cargo de él pasó algo más de un mes en Tricornia, nombre que daban a ese sitio, hasta que fue escogido por la familia Fernández Treto, que residía en General Carrillo, municipio Remedios en la provincia de Las Villas.

Un chico de su edad y con muy poca instrucción no tenía otra alternativa que trabajar de peón en la casa de la familia que le dio cobijo.

Dormía en una hamaca en un pequeño rancho de guano construido detrás de la casa. Nos decía que pasaba muchas noches llorando a pesar de haberse pasado el día en las labores del campo, cultivando caña, tabaco y viandas¹.

Para mitigar la añoranza y el deseo inmenso de volver a reencontrarse con sus padres y su hermana cortaba trozos de caña de azúcar que escondía bajo su ropa para comerlos por la noche en su hamaca, hasta que un buen día la dueña de la casa lo regañó y le prohibió volver a hacerlo.

Sus días fueron transcurriendo entre una yunta de bueyes, cortar leña, sacar agua de un pozo para llenar las canoas² de las reses que pastaban y otras labores del campo. Al anochecer volvía la nostalgia y el dolor por estar lejos de su familia que lo deprimían hasta la desesperación.

Fue así que con apenas 14 años conoció a un amigo que no se separó de él hasta los últimos años de su vida, el tabaco, para muchos perjudicial sin embargo abuelo nos contaba que cuando le venían esos inmensos deseos de llorar agarraba un puro y se sentaba bajo una mata de mangos a mirar al cielo y a veces se preguntaba si esas estrellas eran las mismas que el veía allá en San Vitero.

¹ Frutos y tubérculos guisados, p. ej., el plátano. (N.E.).

² Artesa, cajón, a modo de embarcación para dar de comer a los animales. Comedero. (N.E.).

Ya a los 18 años comenzó a trabajar de fogonero en una pequeña fábrica de conservas que existía en General Carrillo, ganando un sueldo de 3 pesos semanales mientras había molienda, luego siguió haciendo las labores acostumbradas en el campo.

En la casa donde vivía aprendió a manejar un tractor que había y eso le alivió un poco del duro trabajo pues de vez en cuando le encomendaban otras tareas con el tractor.

Con salario de 8 reales (80 centavos) a la semana pasó casi toda la época de los años 30 en Cuba, cuando la situación económica y social del país tuvo una aguda crisis.

En el año 1937 conoció a quien sería su compañera inseparable hasta que la muerte los separó, Zita Iglesias Gil, su esposa y madre de sus hijos. Al casarse se fue de la casa donde había estado viviendo en General Carrillo desde que llegó de España a otro pueblo llamado San Gregorio, a 6 kilómetros de allí, sitio donde vivían sus suegros. Construyó una pequeña choza de tablas de palma y techo de guano de la palma real, árbol nacional de Cuba por brindarle a los campesinos pobres las tablas y el techo de sus casas, así como el fruto o palmiche para alimentar los animales.

Ya en San Gregorio vio nacer a sus tres hijos, la primogénita en 1939 nació de 7 meses de embarazo y a duras penas pudieron salvarle la vida, el varón en 1940 a los dos meses de nacido tuvo unas fiebres muy altas y comenzó a padecer de convulsiones que cuando pudieron llevar al chico al médico le fue diagnosticado epilepsia. Ya en 1943 nació la hija menor.

El matrimonio y el nacimiento de sus hijos fueron llenando el vacío de la falta de sus seres queridos pero a su vez era más intenso su dolor al ver que lo poco que ganaba apenas le daba para el sustento de la familia que había creado y mucho menos para poder ahorrar para enviarle a sus padres o retornar.

A mediados de 1946 decidió irse junto a un cuñado en busca de mejores perspectivas para su familia y fue así que luego de 18 meses alejado de su esposa e hijos a los que visitaba cada 2 meses se mudaron a finales



A los 24 años, de fogonero en la Fábrica de Conservas de General Carrillo, 1935.

de 1947 al pueblo de Perea en la zona de Sancti Spíritus, donde laboraba en la finca de Juan Díaz, sitio en el que fue nombrado capataz en el año 1955.

En Perea echó raíces, quizá porque le fue mejor en el trabajo o porque es un pueblo situado en las laderas de una cordillera como su terruño natal, lo cierto es que allí se casaron sus dos hijas y nacimos sus cuatro nietos.

El amanecer del primero de enero de 1959 trajo nuevos cambios para los campesinos en Cuba con la aplicación de la Reforma Agraria y recibir gratuidades [sic] en la salud y educación. Si para mi abuelo antes de esa fecha le fue difícil reunir dinero para ayudar a los suyos en España se le hacía prácticamente imposible al perder convertibilidad el dinero circulante en el país.

Al ser intervenidas las grandes fincas, mi abuelo dejó de ser capataz y pasó a trabajar como peón en una vaquería estatal en las afueras del pueblo hasta que se jubiló con una pensión de 60 pesos.

Recuerdo que de niño cuando tenía vacaciones en el colegio iba con mi abuelo a la vaquería y le preguntaba por su familia en España, él me contaba de sus recuerdos de infancia, de su madre, doña Benita, que era muy noble y tierna, sus ojos verdes de los que llevo algo, el frío intenso de aquel lugar a diferencia del de aquí, la escuela cerca del arroyo que pasa detrás de su casa, la iglesia de San Vitero.

También me contaba abuelo que vivía cerca de Portugal y de Alcañices, de unos primos que vivían cerca de Villarino y yo le escuchaba atentamente pero a veces dudaba de cómo podía tener tantos recuerdos si apenas tenía 11 años³ al separarse de los suyos.

En el año 1972 me aventuré a escribir al correo de San Vitero y establecí contacto con una sobrina de mi abuelo, supimos que mi abuelo tenía otro hermano que nació después de su partida para Cuba. Esa sobrina vino a visitarnos en diciembre de 2002, apenas tres meses antes de su muerte.

Si el nacimiento de mis dos hijas me llenó de emoción y regocijo el momento del encuentro de mi abuelo con su sobrina nunca lo podré olvidar.

Al verlo padeciendo, postrado en un sillón y con demencia senil fue como si una estrella luminosa de las que tantas veces abuelo observó se hubiese detenido junto a él para permitirle estar con tanta lucidez durante un buen rato y al presentarle su sobrina comenzó a descifrar todas mis dudas sobre sus recuerdos de infancia.

Ella afirmaba moviendo su cabeza cada vez que abuelo relataba sus recuerdos y decía es como si tuviera una foto delante de él. Ese momento provocó tal consternación entre la familia reunida en la casa de mi abuelo que las

³ Anteriormente dice que tenía “apenas 13 años” cuando emigró. (N.E.).

lágrimas brotaron con tanta fluidez como lo hace el agua del arroyuelo de San Vitero que tantas veces mencionó.

Si estas vivencias de la peregrinación de mi abuelo al tener que emigrar forzosamente a lugares tan lejanos de sus seres queridos y tener que comenzar una vida nueva entre personas desconocidas pudiera servir de algo debería ser para aliviar el dolor de una madre que nunca más volvió a ver a su hijo y el de un hijo que no pudo regresar junto a su madre donde quiera que ellos estén en estos momentos.

Para demostrar además que las migraciones desde tiempo inmemoriales han sido provocadas por factores económicos que hacen a las personas soñar con un futuro mejor a la cruel realidad que les ha tocado vivir.